

www.alfaguara.santillana.es
Empieza a leer... Mario Benedetti, un mito discretísimo

MARIO
BENEDETTI
UN MITO DISCRETÍSIMO
BIOGRAFÍA

Agradecimientos

¿Y si no hubieran estado? Ésa es la pregunta que me asalta al terminar este libro. Debo tanto a tantos que la pesadilla es que los amigos y desconocidos que me dieron su ayuda, me niegan su colaboración, y el libro se va borrando y sólo queda el espacio en blanco.

Debo, pues, expresar mi gratitud

a todos los que accedieron a darme su testimonio sobre diversos momentos de la vida de Mario Benedetti, de los cuales fueron testigos o coprotagonistas; con mayor o menor intensidad, todos han sido necesarios;

a los que me proporcionaron textos, fotos, documentos o indicaciones para hallarlos;

a los que leyeron el texto en diversos estadios de su redacción, ofreciendo las observaciones que me han sido tan útiles, en especial a Edgardo Carvalho, memoria y entrelíneas, y a Willie Schavelzon;

a Héctor, por todo.

Pero a quien debo mayor gratitud es a Mario Benedetti. Si dijera que es por existir, sería suficiente, pero debo agregar su generosidad y calidez para conmigo y este proyecto. Confío en que mi cariño y admiración no empañen, paradójicamente, este texto que aspira a mostrar una vida.

La relación de nombres, más abajo, debería dar cuenta de todos ellos, si hubiera alguna ausencia, sólo se debe a mi torpe-

za. Sin duda hay muchas más personas a quienes habría podido consultar sobre una vida tan rica, mis limitaciones han impedido llegar a más.

Achugar, Hugo	Gil, Silvia
Alatraste, Sealtiel	Gilio, María Esther
Alegría, Claribel	Guerra, Silvia
Aleman, Carmen	Hontou, Fermín
Arbeleche, Jorge	Lago, Sylvia
Barrios Pintos, Aníbal	Larre Borges, Ana Inés
Benedetti, Raúl	Laussleben, Lauren
Bravo, Luis	Maggi, Carlos
Butazzoni, Fernando	Martínez, María Elena
Campodónico de Claps, Silvia	Michelini, Felipe
Campodónico, César	Michelini, Margarita
Campodónico, Miguel Ángel	Michelini, Rafael
Canfield, Martha	Morvan, Annie
Cardenal, Ernesto	Paz, Senel
Carlevaro, Domingo	Penco, Wilfredo
Carvalho, Edgardo	Pérez Pérez, Alberto
Castelvecchi, Gladys	Peri Rossi, Cristina
Conteris, Hiber	Peveronni, Gabriel
Cornejo Polar, Fundación	Ponce, Marta
Courtoisie, Rafael	Prego, Omar
Cruz, Juan	Ramírez, Sergio
Delgado Aparain, Mario	Ramos, Felisa
Durán, Julio	Reches, Diana
Elena, Ricardo	Rein, Mercedes
Elizaicín, Adolfo	Rocca, Pablo
Fasano, Carlos	Rodríguez, Silvio
Favero, Alberto	Rodríguez, Universindo
Fernández Retamar, Roberto	Rosencof, Mauricio
Flo, Juan	Sábat, Hermenegildo
Fornaro, Milton	Schavelzon, Guillermo Sereg-
Fornet, Ambrosio	ni, Líber
Friedmann, Virginia	Serrat, Joan Manuel
Galeano, Eduardo	Sienra, Susana

Sierra, Ernesto
Silva, Ariel
Vázquez Montalbán, Manuel
Vidart, Daniel
Viglietti, Daniel

Vilariño, Idea
Vilaró, Ricardo
Visor, Chus
Volonté, Luis

H. C.

Prólogo

«tragaluz para la utopía...»*

Había una cola de personas, de a dos, de a tres; eran casi todos muchachos bullangueros, veinteañeros, y luego estaban también los que parecían supervivientes de los años sesenta. Se extendía metros y más metros, doblaba junto a la fuente de la Cibeles, subiendo por la calle de Alcalá. Muchos llevaban libros, y todos, paciencia; no había habido mucha publicidad, pero se habían pasado la noticia con euforia: Mario Benedetti cumplía ochenta años, había una semana de homenajes en la Casa de América de Madrid, pero ese jueves estaba él solo leyendo sus poemas. Así que ése era el día que reunía a la multitud.

Cuando lo acompañé a través del jardín veía las miradas sonrientes, oía, como él, los saludos espontáneos, y de pronto una chica muy joven se le acercó con una flor, era un nardo, creo. Se la dio, y cuando el escritor, un tanto confuso, me la entregó, le pregunté a ella cómo se le había ocurrido aquello. Y me contestó: «No quería pedirle nada; me ha dado tanto, que pensé que lo único que podía hacer yo era traerle una flor».

En medio de las muestras de admiración, de cariño, casi de veneración que he visto ofrecerle al escritor uruguayo, me había quedado grabada esa escena transparente y expresiva. Y ha resurgido, vívida, cuatro años más tarde en otro espacio bien diferente. De nuevo, la cola de gente paciente esperando para asistir a un acto en el que va a estar Benedetti. Pero ahora los entusiastas van a entrar en el paraninfo de la Universidad de la República, en su Montevideo, como él dijo, «el corazón de mi país». Le van a hacer entrega del título de Doctor Honoris Causa, pero la ceremonia será acorde al estilo serio aunque informal de una joven república falta

* «La poesía», *El mundo que respiro*, en *Inventario III*, p. 35.

de centenarias tradiciones. No hay birretes, ni togas, y junto al homenajeado estará un cantautor, Daniel Viglietti, con las canciones que nos llevan a las palabras de los años duros. Ya han pasado casi veinte desde el final de la dictadura y de su regreso del exilio, y sin embargo, esta escena tiene la emoción de un corolario, de un símbolo. Cuando se terminaron las palabras y las canciones y los aplausos, todos evitábamos mirarnos para no ver la lágrima en ojo ajeno. Entonces se oyó a otra muchacha —pura coincidencia— gritar: «Gracias, Mario». Y así se cerró el círculo. Porque, en realidad, después de tantos años de leer y oír los textos de este escritor peculiar, lo que queda es la convicción de que vida y obra de Mario Benedetti conservan una armonía especial que recae, como un influjo, como una fuerza, como un regalo, sobre los lectores. Y, más allá de los vaivenes de esa obra, tan amplia, tan variada, tan arriesgada, por encima de los desniveles inevitables, de los gustos y disgustos que depara, la coherencia y la honestidad son de agradecer.

Y esos sentimientos implican cercanía, naturalidad en el trato. Hace pocos años se organizó un panel: una joven poeta y un joven crítico, profesor universitario, comentaban la obra del escritor, contando con su presencia. Hubo una parte importante del acto dedicada a las preguntas del público y pronto nos dimos cuenta de que la gente se dirigía al crítico llamándolo «profesor», mientras que al anciano poeta le decían «Mario». Nada más que espontaneidad.

Así, a uno le nacen las ganas de saber cómo es que un pequeño ángulo de América del Sur puede producir artistas y escritores que sintonizan con tantos públicos y que pasan a la historia de sus respectivas vocaciones (Torres García, Barradas, Juana de Ibarbourou, Onetti, Horacio Quiroga, Mario Benedetti). Y, cerrando el objetivo, también uno empieza a interrogarse acerca de la vida de este escritor, cómo fue su formación, de dónde sale la solidez de sus citas, cómo se llevaba con sus padres, por qué ha tocado prácticamente todos los géneros literarios, cuáles han sido sus modelos, las alegrías que han llevado sus textos a tantas canciones, el compromiso que provocó once años de exilio.

Del mismo modo que él le preguntaba a su abuelo cómo era su pueblo en Italia, cómo había sido su viaje en barco

hasta el Río de la Plata, yo me he puesto a interrogar a familiares, a los amigos, a los testigos de una vida tan larga e intensa. He buscado el testimonio de cartas, documentos, textos propios y ajenos para encontrar pistas, explicaciones, ángulos desde donde mirar una vida, la vida de Mario Benedetti. Una vida que ha ido persiguiendo la utopía y que por eso mismo ha encontrado en la poesía su mejor expresión, o por lo menos, la más querida, la más auténtica. Así, en uno de los últimos poemas que el escritor uruguayo dedica a la poesía*, ya a sus ochenta años, la ilumina como «altillo de almas», la descubre como «tragaluz para la utopía», la propone como «un drenaje de la vida / que enseña a no temer la muerte».

Comienzo a preguntar, y me dirijo también a los creadores que lo han tenido cerca o lejos, no importa, pero siempre presente. Y empiezo interrogando a otro poeta, un joven uruguayo que nunca ha dudado en mostrar sus amores y sus deudas, Rafael Courtoisie. Él se vuelve hacia su pasado íntimo y responde con tres escenas:

ESCENA I

EXTERIOR. DÍA. CEMENTERIO CENTRAL DE MONTEVIDEO

Era mayo de 1976. Éramos adolescentes. Los cadáveres de *Toba* Gutiérrez Ruiz y de Zelmar Michelini, líderes asesinados por esbirros, por sicarios de la mediocridad del diablo en Buenos Aires, el país de enfrente, habían retornado al país. En el Cementerio Central la caballada policial y militar intentaba impedir hasta el mínimo honor que requerían aquellas exequias.

Muy poco tiempo después, circuló en Montevideo el poema «Zelmar», escrito por Mario Benedetti en el exilio y propagado mediante miles de copias mecanografiadas, copias al carbónico, que iban de mano en mano, de voz en voz: «Convoquemos aquí a nuestros zelmares», decía uno de aquellos indelebles versos. Lo leyó muchísima gente. Eso siempre le pasó a Benedetti, qué des-

* «La poesía», *El mundo que respiro*, en *Inventario III*, p. 35.

gracia simpática y desafortada (qué envidia, bufaron tantos): lo leía la gente, aun bajo la crueldad de la tiranía, lo leían todos.

ESCENA 2
CEMENTERIO DEL BUCEO. 1996

Había pasado la noche entera velando a mi padre, hombre de derechas, conservador, entrañable, cabezadura. ¿Cómo explicar el dolor? Sépanlo: para el dolor no hay derechas ni izquierdas. Mi padre estaba muerto.

Muy temprano, en el cementerio, apareció don Mario Benedetti. No dijo nada. Nada. Sólo estaba allí para que fuera menos el dolor.

Para disminuir el dolor, fuera izquierdo o derecho.

ESCENA 3
1974, 1975

Recuerdo haber firmado muchas veces, con mi nombre propio, el poema de Mario Benedetti titulado «Corazón coraza».

Lo confieso: le entregaba «Corazón coraza» a mis noviecitas del alma, les decía al oído:

Porque te tengo y no
porque te siento
porque la noche está
de ojos abiertos...

y ellas desfallecían. Les recitaba:

Pequeña mía, corazón coraza...

Y el milagro se hacía.

¿Qué más puede uno pedir? Estuve acompañado, en la muerte y en el amor. Todo este tiempo. Gracias, Mario.

De nuevo la gratitud. Noble sentimiento.